



«Se trata de sacar mejor partido a nuestro esfuerzo, incluso de esforzarnos menos produciendo más y mejor»

Más por menos

La frase que da título a la columna de este mes ha tenido resonancias contundentes desde muy diversos ángulos de la sensible caja de resonancia en que se ha convertido nuestra sociedad por la fuente y el momento en que se ha expresado hace tan sólo unas semanas. La idea detrás de estas palabras, según esta acepción, es que los trabajadores españoles acepten rebajas de sus salarios y aumentos en sus cargas de trabajo. No ha sido bien recibida, en general, pues a nadie le agrada la perspectiva de una devaluación de los salarios y un aumento del esfuerzo laboral y, menos aún, sin otras perspectivas que ayudasen a compensar los sacrificios solicitados, como una mejora de la formación o las condiciones de trabajo.

Pero dediquémosle un segundo instante de reflexión a esta idea del «más por menos». ¿No es cierto que en su base se encuentra la expresión de la eficiencia en cualquier actividad, productiva o no productiva, relacional o individual, a la que queramos referirnos? ¿No es cierto que, sólo gracias a la eficiencia así conseguida, podremos ser más competitivos si nos referimos a la economía o a las empresas? ¿No es cierto que, de esta forma, aseguramos nuestra supervivencia a largo plazo en un contexto global, abierto, fluido y muy, muy exigente?

Pues no, no es cierto. Es decir, no sólo así. Pongamos la famosa frase de esta otra forma: «más y mejor por menos». Ahora sí. Ahora ya se puede hablar de sostenibilidad, productividad y competitividad. Claro que perturba la idea de una degradación salarial. Pero no se trata de eso, se trata de sacar mejor partido a nuestro esfuerzo, incluso de esforzarnos menos produciendo más y mejor. No lo vamos a hacer de la noche a la mañana, pero lo cierto es que la economía española no es competitiva y la gran cuestión es cómo acabar siéndolo de manera duradera.

Como nuestro país no puede hacer una devaluación de su tipo de cambio, ni frente a China ni mucho menos frente a

Alemania, lo único que puede hacer para ganar competitividad instantánea es una devaluación de sus salarios y sus precios. De sus precios, también, no se olvide, pues, a la postre, los precios son la clave, no sólo los salarios. No competimos con los salarios, sino con los precios, que son los que permiten al empresario recuperar los costes laborales unitarios más los otros costes de todo tipo (incluidos los administrativos y los fiscales) y, naturalmente, generar un margen que remunere su dedicación y el riesgo afrontado. De nada serviría devaluar los salarios si no hay un traslado inmediato a toda la cadena de costes y precios de manera que nuestros productos sean, a la postre, más competitivos en el exterior y en el interior (frente a las importaciones que conquistan los mercados domésticos). Es más: que sólo bajasen los salarios y que no lo hiciesen los precios sería una forma perfecta de acabar con el dinamismo interior sin ganar un ápice de dinamismo exterior.

No obstante, la competitividad que se pueda ganar devaluando salarios y precios es instantánea, pero efímera, al igual que sucede con la que se logra devaluando el tipo de cambio nominal. Para ganar competitividad de manera duradera hay que producir mejores bienes y servicios, incorporando más conocimiento e innovación, haciendo un uso más eficiente de las nuevas tecnologías a nuestro alcance y elevando la sofisticación de todos y cada uno de nuestros sectores productivos. Desde el punto de vista social, sólo se entendería una política de rebaja general de los sueldos y salarios de los trabajadores si los precios sufriesen en similar medida dicho ajuste y, especialmente, las ganancias de competitividad a las que diesen paso fuesen apuntaladas por avances duraderos en la productividad de nuestras empresas adoptando reformas estructurales. Sólo así podrían aumentar los salarios reales en el tiempo, lo mismo que el empleo. Demorar las reformas estructurales sólo sirve para hacer que ganen adeptos las devaluaciones que acaban empobreciendo a todos ::

JOSÉ ANTONIO HERCE
es socio-director de Economía
Aplicada y Territorial de
Consultores de Administraciones
Públicas (Afi).
E-mail: jherce@afi.es